

EUROPA O LA CULTURA DE LA ADVERSIDAD
VIII

- PRIMER NOCTURNO MADRILEÑO -

Decirle adios a una ciudad donde se ha sido feliz, es como despedirse de una mujer hermosa a quien se ha amado mucho. A la hora de partir no sabe uno en que recuerdo favorito puede refugiarse, para evadir la tristeza, que los últimos momentos de intimidad deja en la pasión del viajero. Acabo de salir del baile de gran gala con que la Unesco ha terminado su sexta conferencia, me he despedido de todas las amistades que deja tras de sí una conferencia internacional, y cuando menos me lo espero, me tropiezo con la realidad que mañana, París será como una bruma rosada que irá desvaneciéndose poco a poco, dentro de esa vaga sensación de inmensidad que produce la contemplación del espacio moderno, desde el ventanillo de un avión. Corro al hotel a dejar el traje de etiqueta y a cambiar de ánimo, temeroso de la jugarreta que el traje formal pueda jugarle a mi humor de paseante solitario.

Heme aquí otra vez, acodado sobre la pequeña verja de hierro, frente al atrio de la Catedral del Sagrado Corazón, contemplando con ojos mortales esa otra ciudad, desvanecida por la vida vulgar, que

cuando se cierran las puertas y se persigna la gente, resucita del fondo de las ciudades ~~vajera contempladas~~, como un misterio, como un artilugio arquitectónico que tiembra en las aguas sobrenaturales del ensueño:

- Ah;...Paris fuit nocturne et quasi nebeleux

Le clair de lune coule aux pentes des toits bleus^{o-}, murmuro por lo bajo, evocando a Cyrano de Bergerac. Desde la Plaza de Tertre viene ese rumor picaresco que tiene el merendero al aire libre de la noche parisién; en el Restaurant de la Mere Catherine, el mago de las tijeras anuncia su última roseta de papel; en el Bodegón Eugene, un pianista nostálgico saca en ondas voluptuosas, el repertorio galante de las canciones europeas de las últimas cuatro generaciones: - Cuando llegue a Puerto Rico voy a declararle una guerra terrible a las velloneras, - le prometo involuntariamente a aquellas nobles melodías. Todavía hay voces de los guías oficiales vendiéndole el París nocturno a los turistas:

- Et, ici a la gauche, est le arrondissement
ou
Ssment ~~de~~ Maurice Chevalier ~~de~~ ^{fruit née.} -
mademoiselle? -
- ¿Qui est Monsieur Chevalier, ~~mademoiselle~~ -
- Maurice Chevalier, le chansonnier, ~~Madame.~~ -

Yo tengo que suplicar el auxilio del propio Saint Denis, ^Santo decapitado que anduvo con su propia cabeza entre las manos, para librarme del estado de coma lite-

rario, que esta madrugada parisien, tan lejana aveces como un sueño del medioevo, tan cercana otras de mi propia contingencia trashumante, ha producido en mi espíritu. La profunda soledad que me rodea - nueva tierra, nueva gente, la ~~distancia~~ ^{enajenación} claustral que crea el anonimato, esta distancia inverosímil de todo lo que en nosotros se conoce como animal social - me permite asomarme al espejo mágico, en ~~la~~ ^{el} cual alguna que otra vez, logramos enfrentarnos con nuestro propio ego, ~~una~~ ^{esa} especie de identidad inmaterial que va dando tumbos dentro de nuestro propio ser, en eterno desconcierto. Hay algo en este paisaje tan distante de mí, que no puedo explicarme como dentro de la medida arbitraria del tiempo que poseo, he podido llegar a contemplarlo. Solo a través de esa eternidad fluida que alienta a las concepciones poéticas del tiempo, puede un hombre asomarse a un paisaje como éste. Hay, sin embargo, otro algo en este paisaje, que me pertenece en una proporción un poco compleja de mí mismo. Me siento renacer dentro de un espacio ~~inhaprensible~~ ^{inhaprensible} que parece no tener lógica en ~~el~~ ^{el} desfile habitual de mis realidades ~~distintas~~ ^{consentidas}. Comprendo que "el hombre americano" que se creía tan cómodamente alojado dentro de mí, se me va derritiendo en el fondo de la conciencia, que pertenezco a un mundo

mucho mas complicado, regido por una adversidad de mayor ⁴ dimensión, dentro de la conciencia contemporánea. Comprendo que aunque no sea nada mas que como una espectral historia, el hombre americano tarde o temprano, tendrá que enfrentarse con la realidad de su occidentalismo.

^{Saint} Saint Denis es un santo bondadoso que suele acompañar a los trasnochadores hasta la puerta misma del hotel. Pero yo, tan pronto divisó ~~la Torre Eiffel,~~ ^{Eiffel,} este pequeño faro del Arrecife de Marmol que guarda las agresivas esculturas del Museo de Arte Moderno, me despido del ^S Santísimo para que pueda irse a dormir su sueño de piedra:

-¡Adieu, Paris;- le grito a una amanecer arrebu-
jado en los últimos trechos de sombra de una noche perfecta. Solo tengo que despedirme de mis ^{nobles} ~~nombres~~ compañeros de viaje Jaime Benítez y Lulu Martínez de Benítez- ellos seguirán hacia Florencia en busca de Gabriela Mistral, mientras yo parto a Madrid en busca de Ortega y Gasset- para atrapar un avión de la Iberia en el aeropuerto "Le Bourget". Tres horas y media de vuelo, casi un viaje en ¹ ~~autómovil~~ desde San Juan a Mayaguez, para enfrentarme con otro paisaje, otra filosofía, otra li-

teratura de la mocedad, otro pedazo de mundo mio, que siento circulando en mi sangre, sin haber sentido nunca su calor, cuya fantasía carga mi cabeza sin haber podido descansar en ninguno de sus caminos.

Tan pronto despega el avión me doy cuenta que estoy frente a una anticipación, por lo menos, de un humor español. La camarera es una chica simpática que no tiene el menor sentido de esa monstruosa frialdad, escudada tras unos dientes bonitos, que nosotros solemos conocer como "Service with a smile". Todo el pasaje masculino va de pié, chicoleando a las tres o cuatro remilgosas que han establecido una corta romería ^{entre} desde el tocador mecánico ~~hasta~~ la cabina del piloto:

- Vamos, niña, pase usted, que con esos dengues guapos que se le menean en la nuca, me va usted a marear. -

- Pásame la bota para ver como vamos. A estos condenados bichos volantes yo siempre les tengo repelillo. -

- ¡Ca, hombre! Las desgracias solo caminan sobre el mar. Eso lo sabemos de viejo los españoles.-

- ¿Es verdad que tendremos tormenta?,- pregunta con dos labios pálidos y un crucifijo tembloroso una

dama de condición.

- Bah, señora, un vientecito ahí que no puede volcar ni la cuna de un niño. Ya hemos hablado eso con el piloto. Si no puede aterrizar en Madrid, que siga para Burgos.-

A mitad de ruta, ya tengo tres amigos, un comisionista riojeño, un mercedero de la calle de la Montera, y un exportador de naranjas, valenciano por supuesto:

- ¿Y como a un andaluz como usted ha podido gustarle París?

- Es que yo soy un andaluz honorario solamente, le contesto sonriendo, para no defraudar del todo, esta nueva ciudadanía que cae sobre mí inesperadamente.

- Pues lo que es mujeres velándole a usted el chorrillo en el urinario, para cobrarle por la tohállita, eso no lo va a encontrar en Madrid.- Cuando yo les informo que en un cabaret parisien he oído cante f^dondo en francés, rien estrepitosamente, con la jocundia de tres provincias haciendo clave en la misma carcajada. Cada ronda del manzanilla trae por lo menos media hora de conversación. La misma atracción que España tiene para mí sienten ellos por nuestra América. Se habla de fortunas surgidas de la noche a la mañana, de algún pariente lejano que huyéndole a los toros bravos se me-

tio en una redada de búfalos y hoy vive de la vitalicia, del tango argentino, y desde luego, ¡conversación de españoles al fin!, de las lindas criollas americanas. Ya empieza la manzanilla a repiquetear en la suela de los zapatos, cuando oímos una voz cavernosa, de una socarronería maestra, que nos advierte: - ¡Formalidaz, señores, formalidaz, que ya volamos sobre el aeropuerto Barajas. - Hay que amarrarse por la cintura - ¡cosas de la aviación, amigo, que se cree que todavía los hombres somos monos! - hay que apagar el cigarrillo, quedarse un momento suspendido en una traslocación de esperas celestes y planos terrestres, - ¡como se conoce que está El Greco a la vuelta de la esquina!, y de pronto, desde el fondo de esa conciencia insobornable que constituye el ensueño, brota una dulzura misteriosa - ¿Serán las novelas de don Benito o la historia de Pombo de Gómez de la Serna? - que nos hace musitar tres palabras: ¡España, Castilla, Madrid;

- ¡Aeropuerto Barajas, Madrid, España! -

- ¡Conserve su tríptico para el hotel! -

- ¡La declaración de monedas extranjeras junto al pasaporte! -

- ¡La banca de cambio está al lado de la inspección! -

- ¡Entremeses, embutidos calientes, horchatas, natillas

café o chocolate, flanes de capuchino, leña vieja,
tortillitas al ron, ^{connaques, jerezos amontillados, cerveza,} en el comedor al
fondo;-

-; Hay autobuses ^{de la empresa} hasta el Paseo del Prado! ~~Por~~
~~cuenta de la compañía;-~~

- Deme acá sus llaves, señorito, usted se me sienta
ahí, hasta que oiga su nombre por esa sopladera.-
Ante mis ojos hambrientos hay una tierra honda, inmu-
table, llanⁿa como la palma de la mano, bruñida por esa
magestad que tiene los paisajes cuando logran tragarse
al horizonte. Esta noche la tempestad ha descolgado
una de esas lunas espectrales, capaces de hacer enloque-
cer a cualquier paisaje menos seguro de su inmanencia
con el cielo, que esta admirable tierra ^{manchega.} ~~castellana.~~ Solo
en un caserón lejano, se ha encendido una de esas luces
mascilentas que parecen parpadear ^{ar} ~~ar~~ compasivamente, ante
los ojos de un lector alucinado:

- ¡Señor Juez, don Emilio S. Belaval de Puerto Rico!-

- ¿Quién será ese señor?; ~~Me~~ pregunto totalmente
desintegrado por el abismamiento.

- ¡Señor Juez Belaval!, ¡¡Señor Juez Belaval!;-

- Algo me recuerda ese nombre, tal vez... puede ser ^{que} ~~que~~
ser yo, ¡claro que soy yo, caramba!, aquí, servidor.-

Ha terminado la inspección, he recogido mis pasaportes, he cambiado mis últimos francos en pesetas, y ahora en ~~el~~ segundo piso de un autobús madrileño, camino hacia el Hotel Ritz. Tan pronto llego al hotel, entrego mis valijas y mis papeles, y me preparo para salir:

- ¿Conoce el señor a Madrid?, - Me preguntó un poco asombrado el conserje de noche.

- Yo de Madrid solo conozco la fuente de la Cibeles -

† Pues tenga cuidado el señor, que Madrid tiene muchas callejuelas intrincadas. De todos modos si algo le pasa, llame el señor y mandaremos por él.-

- Oh, esta noche no pienso pasar mas allá de la Pradera de San Isidro,- le contesto yo, con la suficiencia de un viejo lector de literaturas urbanas.

- No creo que le gustará ^{ver} ~~al señor~~ la Pradera de San Isidro, sin verbena, y con las obras de canalización del Manzanares sin terminar.-

- ¿A que hora cierran a Pombo?-

- ¿Sabe usted que Pombo se ha convertido en un almacén de tejidos?

- Pero, por lo menos "El Café de Puerto Rico" en la Puerta del Sol...-

- El Café de Puerto Rico en la Puerta del Sol

ya no existe, señor.

- ¿Y la Bombilla?-

- La Bombilla ahora es un jardín-piscina, para la gente bullanguera. ¿Que Madrid es el que viene buscando el señor?-

La pregunta es terrible, pero mas terrible resulta la momentánea desazón que produce en mi ánimo, la desaparición de ese Ba^edecker ilusorio que va estancando en nuestra sensibilidad la literatura de las grandes ciudades. *(Siempre es penoso despertar a la realidad que* Las ciudades son como organismos vivos, que se entrañan, sufren y se transforman, sujetas a unas leyes tan misteriosas como las que rigen la vida interior del hombre. Hasta que punto podemos alardear de nuestra modernidad, frente a esa intuición de eternidad que fecunda la vida interior del hombre, será siempre un dilema para ^{nuestra} ~~la~~ angustia ~~privada~~. Hasta que punto resultamos ^a anacrónicos, dentro del tiempo vulgar que nos rodea, forma parte de nuestra peculiar inconformidad poética con el medio. La vida humana se desenvuelve en un continuo choque y contrachoque entre el pasado y el presente, entre la historia y la vitalogía, entre la leyenda y la vivencia. ¿Por qué pues exigirle a las ciudades, que no son sinó estructuras fantasmales de

vidas consumidas, algo que no nos atreveríamos a exigirle a ningún ser humano? El hombre es más susceptible ~~que una ciudad~~ de ser el producto de una literatura. Es la única forma de entender nuestro apego al mundo clásico. Para mí Europa ha sido hasta ahora como una exploración, que justifique mi protesta íntima ~~de~~ contra una serie de hábitos extra-culturales, que han creado esa patética red de frustraciones que se va apoderando, día tras día, de las mejores civilizaciones americanas. Tal vez valga la pena de ponerse en guardia contra este prejuicio subconsciente, con que trato de proteger mi desentono ~~de~~ ^{como} ente americano. ¿Que Madrid es el que yo vengo buscando? ¿El Madrid que he visto cerrarse esquina tras esquina en mi propia capital? ¿El Madrid del embeleso historicista que le ha servido de metrópolis quimérica a todo el mundo americano? ¿El Madrid que es lo que nosotros hubiéramos querido ser o el Madrid que es la concreción geográfica de un espacio ^{del} universo habitado por españoles?:-

- ¿Quiere el señor que le consiga alguna ~~guía~~ *guía* de la ciudad?-

- Mañana se lo contesto, - le digo yo, tratando de salvar mi estrategia personal de viajero.

Tengo que confesar que cuando puse mi planta en ~~al Paseo de Recoletos~~ *Los jardinillos de Recoletos*, en busca de la fuente de la Cibeles, llevo el ánimo prevenido contra mi propio ensueño matritense. Después de presentarle mis respetos a la poética patrona del Madrid literario del modernismo, - referencia a la "Oda a la Cibeles" de Enrique Diez Canedo - sigo caminando hasta que me tropiezo con una primorosa estatua de Cristobál Colón, con sus ojos fijos en una lejanía todavía abierta a la especulación:

- Almirante buena persona, agobiado por la adversidad como todo buen europeo.- **A**lguien, ha creído prudente intentar una réplica burlona a este diálogo sin sentido con unos ojos vacíos. Oigo un coro de voces frescas que me responden desde un entresuelo cercano:

- Señor don Higinio la cosa es muy grave,
Así le rogamos que usted dé en la clave
Que usted nos atienda, que usted nos complazca,
Que arroje del pueblo tantísima tuna
Que vienen tan solo por las pelucones
De tres viejos verdes que tienen fortuna.-

¡Yo he oído eso antes; Es un coro, ¡un coro de beatas!, pero por mucho que estiro la hila nebulosa de la memoria, no puedo encontrar un nombre perdido tal vez más allá de la adolescencia; alguien tiene compasión de mí desde el entresuelo:

- Yo soy la maquinista del amor
un tren que alegre va
Pidiendo vía libre sin ver
Que se puede a los mejor descarrilar-

"¡Las Bribonas;"claro, un salto por lo menos desde el 1918- ¿Lolita Orellanos o María Severini?- hasta la nueva era atómica.

Hay en este paseo mío por el Madrid de 1951 una continuación de otro paseo mío, interrumpido por un acontecer que parece haberse fugado fuera de mí mismo. ¿Cuando he caminado por aquí antes de este momento? Este ⁿportal yo lo conozco. Alguna noche, perdida en una ocurrencia que ya no puedo reconstruir, me he guarecido en él de una lluvia parecida a la que esta noche, pretende enternecer todo el ámbito de esta tristeza. Alguna vez yo he penetrado por esa puerta; podría describir las personas que habitan la casa, como se encuentran colocados los muebles de bejuco de Viena, los portaretratos que cuelgan de las paredes. He allí el banco donde solía sentarme a contemplar esta plazoleta desolada, donde aún subsisten los mismos árboles aterrizados, tantas veces ~~contemplados~~ ^{contemplados}. Detrás de esa esquina tiene que sobrexistir una verja retorcida hacia el misterio, que guardaba el palacio hermético de mi pretérita curiosidad de adolescente. Yo he vivido aquí.

He tenido que haber nacido en esa tercera planta de persianas hipnóticas, donde el silencio se ha aposado mágicamente, en espera del eco de mi pisada. Bastaría que anduviese unos segundos sobre estas baldosas adormecidas, para que la casa resplandeciera de nuevo, bajo el parpadeo tembloroso que tienen las bujías cuando acarician la silueta del dueño, rescatado de todos los terrores de la vida. Es mejor detenerse en el umbral mismo de la casa que se ha echado a soñar con el regreso de un viajero, que ya no sabe a que mundo pertenece. Cuando me fui de aquí llevaba el alma embalsamada por toda la leyenda de la vida. Hoy regreso, sabiendo que detras de cada camino hay un espejismo que va cegando los ojos, sin que podamos contar siquiera con la amistad de los luceros, ni con la piedad de la lluvia, ni con el amor de la noche. Quien soy yo, pobre ser pillado entre dos tiempos exhaustos, que apenas puede reconocer el espacio que pisa mas allá de su propia sombra, para resucitar la noble pesadumbre de esta casa que ha aguardado por mí tantos años. El regreso debe estar siempre pleno de sentido, como si volviera uno en una aurora ^s estremecida, que se incorpora de las cenizas de la vida consumada, regresarⁿ cuando

- 15 -

ya la frente se sabe ungida por el oleo de la muerte.

EMILIO S. BELAVAL

Madrid 1951